

muy tristes cuando vieron venir al duque Gudufre é al conde de Tolosa con muy gran cabalgada que traian, é supieron, otrosí, del daño que habían hecho en los moros. Mucho fué buena aquella entrada que los cristianos hicieron aquel día, ca de tal manera escarmentaron los moros, que por un gran tiempo non salieron á dar rebate á la hueste, é los cristianos andaban muy seguramente, é habían todo lo que les era menester de lo que trajieran de la cabalgada. Pero esto no les duró mucho, que la gente era muy grande, é despendieronlo ahína, é despues fueron tan aquejados, que non sabian qué se hiciesen, porque de ningún lugar non les venia acorro, ni fallaban dó fuesen á hacer cabalgada, porque todas las tierras que eran cerca eran ya robadas. É sobre esto habían cada día su consejo cómo harían, donde acaesció así: que el día de Santa María de Marzo decia el obispo de Puy la misa cantada, é estaban hí cuantos hombres honrados había en la hueste, é desque les hobo hecho su sermón, en que les dijo muchas buenas palabras de nuestro Señor Jesucristo, é los conhortó de la gran cuita que sufrían, llegó un hombre á caballo, que venia corriendo cuanto podía; é luego que descendió, fuése derechamente allí do el Obispo decia la misa, é dijo á los hombres honrados que hí estaban que les traía buenas nuevas, é ellos llegaronse todos por oirlas, é él les dijo que mayor flota que nunca vieran era llegada al puerto de San Simeon, é tanta era la vianda que traian, é los caballos é las armas que tenían, que con ello podrian conquistar toda la tierra é llegar hasta Alejandria. Cuando estas nuevas oyeron los hombres buenos que allí eran, fueron muy ledos é hobieron muy gran conhorto, é érales muy menester, ca mucho estaban en antes desmayados, lo uno por la gran mengua que les aquejaba, tanto, que algunos dellos hobieron su acuerdo de hacer como les consejara Estadin el griego, que andaba en la hueste por el emperador de Constantinopla; ca este no deseaba ninguna cosa tanto como despartir aquella buena gente que era allí ayuntada, porque non acabasen el hecho que comenzaran; que sin dubda no había ninguna cosa que tanto pesase á los griegos como de la bienandanza de los latinos, é señaladamente de los que vinieran en aquella romería, porque sospechaban que si la tierra de los moros ganasen, que les querrian despues tomar la suya; é por ende, aquel Estadin, cuando los vió fatigados, dióles por consejo que se partiesen por la tierra é por las villas de los cristianos, é que estuviesen allí hasta el otro verano que venia; é entre tanto que iria él á Constantinopla, é faria al Emperador que sacase su hueste é los veniese á ayudar. E esto les daba él por consejo, pensando que así lo acabaria; mas los hombres buenos de la hueste, que iban sabiendo ya la falsedad, hobieron su consejo, é tovieron por mejor que se fuese Estadin é no estoviese mas entre ellos; é sobre eso otorgáronle la ida, é él fuése con pensamiento que los otros que se irían luego en pos dél, mas ningunos hombres buenos non tovieron por bien de lo hacer. De otra parte de la gente menuda hobo algunos que se fueron con él, por las falsas promesas que les hacía, diciéndoles que les faria haber de balde el pasaje de la mar por su tierra, é demás, que haria al Emperador que les die-

se lo que hobiesen menester hasta sus tierras; é por esto levó consigo muy gran parte de gente, que hizo gran mengua en la hueste, de que tomaron gran desconfianza de los otros que ahí fincaron; é otrosí, eran muy desconhortados é habían muy gran pesar por unas malas nuevas que les llegaron de cómo el hijo del rey de las Marchas, que había nombre en su lenguaje Suenó, que quiere tanto decir como hermoso, había oido cómo aquella hueste era en la tierra de Ultramar, é con gran deseo que había de los alcanzar, tomara gran parte del haber de su padre, fasta mil é seiscientos hombres, entre caballeros é peones, todos mancebos grandes é récios é muy bien armados, é venieron derechamente á Constantinopla, do fué muy bien rescibido del Emperador é le ficiera mucha honra, é despues pasara á Niquea, é estuviera hí algunos dias, é de ahí metiérase por el camino, siguiendo la carrera por do fuera la hueste, hasta dos villetas, que llaman á la una Filemina (1) é á la otra Terma, é allí albergaron fuera, en unas huertas é en unos prados que eran ya cuanto léjos de aquellas villas; é como era gente extraña é no sabía la tierra, pensando que estaban seguros, non se guardaron bien. E los moros, que siempre traian sus espías con cuántos iban é venian, ferieron, en amanesciendo, en ellos, é mataron una gran parte dellos yaciendo en sus camas. Otros hobo dellos que se armaron é se vendieron caramente, pero á la fin fueron todos muertos; que non escaparon sino dos, que levaron la nueva á Constantinopla. E por todas aquestas cosas que vos habemos contado, estaban muy desmayados los de la hueste; é por ende, cuando el mensajero llegó del puerto de San Simeon, que les contó de la muy gran flota que era llegada al puerto de San Simeon, fueron todos tan conhortados, que mas no podrian ser; ca, sin todo aquello que les decia que traian de vianda é de haber para tres años, contábalas aun que el emperador de Constantinopla venia en su ayuda con muy gran gente por mar é por tierra, é otrosí, que todos los mas de los hombres honrados que eran en las tierras de Occidente venian por ayudarlos; é era tamaña gente la que venia, que bien llegaban á cuatrocientos mil hombres á caballo, sin los de pié, que eran tantos, que se non podrian contar. Destas nuevas fueron tan conhortados los de la hueste, é hobieron tan gran placer, que mayor non podrian; mas acaescióles así, segun dice el proverbio antiguo: que conhorto mintroso despues torna en lloro; tanto fué el placer que hobieron, que por toda la hueste non hobo lugar do no cantasen é no ficiessen gran alegría; é tomaron luego consejo cómo enviasen al puerto por todas aquellas cosas que hobiesen menester, é dieseen caballeros que guardasen la récua á ida é á venida.

## CAPITULO LII.

Cómo los honrados hombres se ayuntaron en la tienda de maestre Arnol, el patriarca de Hierusalén, é cómo vino un moro mensajero del almirante de Arsas.

Ya era pasado un día despues que hobieron acordado los hombres buenos de la hueste que enviasen al puerto de San Simeon por las cosas que habían me-

(1) En Guillermo de Tiro, *Finimuris*.

nester, segun oistes, é acaesció así: que todos los que había en la hueste se ayuntaron por haber su consejo en la tienda de maestre Arnol, el patriarca de Hierusalén; é él, como era hombre discreto é buen perlado, comenzólos á conhortar, diciéndoles muchas buenas palabras de nuestro Señor é de los santos, de cuánto sufrieron por los cristianos, é los buenos hechos que hicieran los antiguos, que ensalzaron la fe de Jesucristo é destruyeron sus enemigos, é que fueran honrados en este mundo, é ganaran para despues de su muerte paraíso. E en esto estando, llegó un moro cuanto podía en un caballo corriendo, de los que llaman en tierra de Ultramar turcomanes, é tanto lo aquejaba de las espuelas, que todo venia corriendo sangre; é cuando llegó á la tienda do estaban aquellos hombres buenos hablando, descendió mucho apriesa, é fué á hincar los hinojos ante ellos, é díjoles de cómo el almirante de Arsas los enviaba á saludar, é les hacía saber que todos los moros que eran sus vecinos le venieran á cercar, é que serian con él ante de la media noche, é que les rogaba mucho de su parte é les pedia merced que le acorriesen, que mas les daria de haber que ellos sabrian pedir; é sin todo aquello, que les ayudaria é iria con ellos en hueste á Hierusalén, é por toda la otra tierra; é de cuanto ganase de tierra ó de riquezas, que les daria la meitad, é luego que llegasen á Arsas que les daria en rehenes á su hijo el mayor é á siete otros de los mejores hombres que había. Mucho plugo á todos los que allí estaban, cuando aquellas nuevas oyeron; pero así estuvieron una gran pieza que ninguno no respondieron, mirándose unos á otros cuál diria primero. E en tanto que ellos así estaban, llególes otro mensajero que les enviaba un griego que moraba dentro en la cibdad de Antioea, que había nombre Piros; é cuanto sabía de la hacienda de los moros, hacíalo todo saber á Boymonce, é díjoles, de parte de su señor, que el rey de Antioea había enviado á su hijo Zaifadola al gran soldan de Persia, é á Corvalan, que era su alguacil mayor é señor de su mano sobre toda la tierra, á demandarles ayuda con que pudiese descercar á Antioea; é otrosí enviara la misma embajada á los reyes de Arabia é á una gran parte de Africa; é el que primero le acorriese, que seria su vasallo con Antioea é con todo cuanto había; é demás desto, que les enviara á decir por sus cartas muchas palabras, mostrándoles cuán noble cosa era Antioea, é cuán grande daño rescibia la ley de Mahoma si se perdiese; é díjoles que bien cuidaban que por aquellas cartas que enviaba que non podría ser que no le enviasen muy gran gente en acorro; porque les consejaba que mirasen en su hacienda de manera que non rescibiesen daño. Estos mensajeros llegaron á la tienda donde estaban ayuntados aquellos hombres buenos que de suso oistes; é desque cada uno dellos les contó aquello á que venia, ellos tomaron su acuerdo, porque era muy noche, que no hablasen en ello mas; que otro día de mañana que se ayuntasen en aquel lugar, é hobiesen su consejo sobre aquellos dos mensajeros, é hiciéronlo así; é otro día, luego que hobieron oido misa, acordaron que el conde de Tolosa, é el conde de Flándes, é Tranquer, é bien siete cientos caballeros muy buenos hombres, con otros á caballo, entre escuderos é balle-

teros é otra gente, que se hacían por todos bien cinco mil hombres, que fuesen acorrer al almirante de Arsas, é los otros todos que guardasen la hueste, porque si acorro veniese á los moros de alguna parte, que non les pudiesen hacer daño; pero esto non lo pudieron hacer hasta cabo de ocho días, porque hobieron de aderezar muy bien á aquellos caballeros que enviaban. E cuando hobieron de mover madrugaron mucho; así que, les amaneció bien seis leguas de la hueste. E el mensajero iba con ellos; que los aquejaba cuanto él mas podía que anduviesen ahína. E guiólos tan bien, que á cabo de los dos días llegaron á Arsas á hora de mediodía, é hizoles Dios tan gran merced de que llegaron á aquella sazón; ca el almirante de Arsas, desque se vió cercado, é vió que el su mensajero non venia nin le traía el acorro por que enviara, hobo miedo que gelo mataran en el camino, é pensó cómo podrian hacer daño á aquellos que le tenían cercado, hasta que acorro hobiese; é mandó á toda su campaña, que eran bien mil é cuatrocientos de buenos caballeros, que se armasen, é hizoles hacer señales blancas é cruces bermejas en los escudos é en los perpunes é en las coberturas, é las señas é los pendones que los hiciesen desa manera; é desque los hobo bien armados, sacólos de la villa aquel día mesmo que llegó el acorro, é esto fué de gran madrugada, é guiólos por un valle encubierto, é trójoslos en derredor, porque pensasen los moros que venian de parte de la hueste de los cristianos que eran sobre Antioea; é en amaneciendo fueron herir en la hueste de los turcos, llamando Santa María é San Jorge, é cometiéronlos tan de récio, que los moros pensaron que eran cristianos que venieran de la gran hueste para acorrer al Almirante, é vencióronse todos de tal manera, que uno no atendió á otro, ni levaba ninguna cosa de cuanto tenía en su posada; mas punnaba de guarecer con su cuerpo cuanto mas podía. E los unos fuían á los montes é desamparaban los caballos, é los otros se metían por los valles é andábanse por los solos espesos, é cada uno trabajaba en guarecer cuanto mas podía, é fué tan grande el arancada, que todos cuidaron ser muertos. E el almirante de Arsas los fué alcanzando con su compañía é matando dellos muchos; así que, ninguno no tomaba á vida; é sin todo eso, ellos mesmos se iban matando unos á otros, porque non se conocían, ca el día non era aun bien claro. E este alcance duró una muy gran legua, é durara mas, sino porque el almirante de Arsas comenzó á decir en algarabía que todos serian muertos á manera de traidores. E el soldan de Camela é el otro almirante de Persia, que iban en la rezaga acabdillando los suyos, cuando lo oyeron, conocieron que no eran cristianos los que los acometieran, é estonce dieron voces á los que traian las señas que tornasen, é mandaron tañer los atambores é tornaron todos en uno. E el almirante de Arsas con toda su gente esperólos, é fué la batalla muy reñida, é murieron muchos d'amas partes; mas en cabo non lo pudieron durar los de Arsas, porque eran muy pocos, é hobieron de vencer. E como iban los de Persia matando é hiriendo en ellos, salieron por un valle de travieso los cristianos que venian en acorro; é el conde de Tolosa venia en la delantera, é traía consigo aquel moro que fuera con el mensaje, é

luego que el Conde vió los moros vueltos unos con otros, preguntó cuáles eran de su señor, é el moro respuo que aquellos que traian las armas á cruces. E el Conde mandó estonce tender su seña, é fuélos herir tan de récio, que los moros, cuando vieron los cristianos, desmayáronse luego, é fué hí muerto aquel almirante de Persia que veniera en acorro; é fué herido el rey de la Camela muy mal, é guaresció por piés de caballo, é murieron la mayor parte de los otros, é ganaron muchos caballos é muchas armas é toda la hueste de los moros, así como estaba, con muy gran riqueza á maravilla. E desde esto fué hecho, el almirante de Arsas metió toda su gente en la villa, é vínose él para el conde de Tolosa é para los cristianos, é non trajo consigo sino un alfaquí que preciaban mucho los moros, é era como obispo de su ley. E cuando llegó al Conde, plúgole mucho con él é abrazólo, é díjole así: «Gran derecho has de la honra é del bien que Dios te hace, pues que asaz trabajas tú é lievas afan por ensalzar la su fe; é pues que tan lealmente me veniste acorrer, quiero contigo hacer aquéste pleito: que toda la tierra que agora tengo, é pudiere haber de aquí adelante, que la tenga de tí como de señor, é que vaya contigo en hueste con quinientos caballeros cada vez que menester me hobieres; é cuando quisieres ir á Hierusalén, que vaya contigo con todo mi poder, é que te ayude á ganar la tierra cuanto yo mas pudiere, é toda la ganancia, que sea tuya, é la pérdida que hiciere, que non me la enmiendes; é además, cuanto aquí fué ganado, que lo hayas tú é non me des ninguna parte, é sobre todo esto, te daré yo mi haber cuanto tú quisieres; é porque estas cosas se cumplan é sean mas firmes, darte he mi hijo el mayor, que lo lieves é lo tengas en tu poder, ca bien sé que valdrá mas mientras contigo estuviere.» E cuando esto le hobo dicho, respúsole el Conde que gelo gradecia mucho, mas que habria sobre ello su consejo; é luego salió á una parte é llamó al conde de Flándes é Tranquer, é á Galon é Guion, que eran hombres condestables, é á Ruberte de Buren, que tenian por muy discreto é diestro en la caballería, é díjoles así: «Ya vosotros veis el pleito que me hace este moro cuán bueno é cuán grande es; mas si vosotros toviédes por bien, firmarlo he, é levaré el hijo conmigo en rehenes, mas de otro haber suyo non tomaré nada; ca asaz habemos en esto que dejaron los moros; é por aquí entenderán todos los que lo oyeren, que la nuestra venida non fué por cobdicia de grande haber, mas por precio de hacer lo mejor.» Todos se acordaron en lo que dijo el Conde, é toviéronlo por bien, é firmaron su pleito con el Almirante, é díóles su fijo en rehenes, é tomaron toda aquella ganancia que hobieron del desbarato de los moros, que era tan grande, que apenas podria ser contada; así que, solamente el ganado que hí fué hallado estimaron en tanto, que gran tiempo podria ser por ello la gran hueste abastada; mas luego non lo pudieron levar, é pusieron con el Almirante que aquello que les quedaba, cuando por ello enviásen, que gelo hiciese levar. E desde esto hobieron hecho, tornáronse para la hueste, é entraron de noche bien á aquella hora que della partieran, de manera que los de Antioca non sopieron parte dellos.

## CAPITULO LIII.

Cómo el conde de Flándes fué el primero que dió salto en los moros, é de lo que hizo.

La noche primera pasada despues que el conde de Tolosa é el conde de Flándes é Tranquer fueron llegados del acorro del almirante de Arsas, el rey de Antioca é Dalumas, su tio, é otro almirante que veniera hí con gran gente por ayudarlo, hobieron su consejo cómo pudiesen hacer daño en la hueste, é fué su acuerdo que pusiesen muchos hombres por las torres é por el muro con ballestas é con arcos é con hondas, é que los hiciesen estar tan escondidos, que ninguno dellos no pareciesen; é toda la caballería é la otra gente de pié, que la partiesen por las puertas de la villa que eran hácia la hueste, de manera que luego que fuesen abiertas saliesen todos, é fuesen derechamente á la puente de los barcos que habian hecho los cristianos, con fuego que levasen grecoisco é todas las otras cosas con que pudiesen bien arder, é que punnasen en la quemar; é sobre todo esto, un almirante mancebo que habia hí, hijo de Dalumas, á que llamaban Carex, traia un can de los mayores del mundo é de los mas bravos; é cada vez que podia haber algun cristiano vivo echábagelo é cebábalo con él, é de tal manera lo habia encarnizado en ellos, que do quier que veia cristiano non lo podrian tener que á él no fuese; é luego que á él llegaba derribábalo, é despues dábale salto en la garganta é degollábalo; é el can aguardaba tan bien á aquel su señor, que nunca se partía dél, nin tomaba ninguna cosa sino cuando gelo mandaba; é acaesció así: que aquel día, cuando los moros supieron que los cristianos estaban asegurados, abrieron las puertas de la villa é salieron todos á deshora, é fueron bien diez mil hombres á caballo é dieron rebate de todas partes á la hueste; mas la mayor compañía fueron derechamente á la puente de los barcos que los cristianos habian hecho, é trajieron muchos hombres á pié, é cometieron tan de récio á los que la guardaban, que los echaron della por fuerza, é pusieronle fuego de manera, que ganaron dos barcos de los que eran contra la villa; é esto fué en saliendo el sol, é el primero hombre honrado de los de la hueste que acorrió fué el conde de Flándes, ca él fuera uno d'aquellos que guardaran de noche la hueste, é cayérale su vela cabe la mañana; é desde que la hobo velado, en acogiéndose, él venia en pos de los suyos acabillándolos, é andaba en un caballo muy bueno, castaño, é no traia otra arma vestida sino un lorigon é sus brahoneras, é un casquete en la cabeza é su espada cinta, é porque hiciera un poco de frio contra la mañana, traia la cabeza cubierta con un manto; é él viniendo desta manera, oyó el ruido de los moros que quemaban la puente, é luego llamó á un escudero que traia las armas que le diese la lanza, mas non la pudo haber, porque era ya entrado en la posada. E cuando vió que mas non podia hacer, tornóle la cabeza al caballo é díóle de las espuelas, é fuése derechamente á la puente que quemaban los moros, é pasó del otro cabo al galope del caballo así como mejor pudo, é cuando fué al cabo de la puente revolvió el manto en el brazo siniestro é metió mano á la espada, é halló un turco

que habia muerto en aquella mesma sazón á un escudero, é estábele despojando lo que tenia vestido, é díóle tan gran cuchillada por encima de la cabeza, que le hendió bien hasta los dientes é dió con él muerto en tierra; é despues halló otro que se iba, é díóle tan gran golpe, que el brazo diestro le cortó bien cerca del cobdo; é despues alcanzó al tercero, que iba huyendo, é quisole dar por encima de la cabeza; mas el moro abajóse, é el golpe non le tocó en el cuerpo, mas alcanzó un poco en el arzon detrás é entróle la espada por la anca del caballo; así que, luego gelo mató. E cuando los moros vieron que no iba mas de un cristiano solo entre ellos, tornaron ya cuantos dellos, é comenzáronlo á ferir tan de récio de saetas é de lanzas, que le mataron el caballo é rompiéronle el manto que tenia ant'el rostro, en mas de treinta lugares, mas el lorigon bueno que traia, é el casquete é la gorguera é las brahoneras le guarecieron, que non recibió golpe de que mal herido fuese, é Dios le quiso guardar de muerte por tomar servicio dél; é él quedó de pié, defendiéndose con su espada mucho á manera de bueno, llagando é matando caballeros é caballos, é haciendo golpes muy maravillosos hasta que le vino el acorro de la hueste. E los primeros dos caballeros que á él llegaron, fué el uno dellos de España, que habia nombre don Pero Gonzalez Romero, de que ya dijimos; é el otro era de Francia, é llamábanle Drongo de Monte Mirante (1). Mas el español, que llegó primero, dió tan gran golpe á un moro por las espaldas con una lanza que traia á sobremano, que gela sacó por los pechos mas de un gran cobdo, é dió con él muerto en tierra; en esto fueron dando vagar ya cuanto al Conde. E el otro caballero de Francia dió tan gran herida de la lanza á un turco de travieso, que le falsó amos los costados é dió con él muerto en tierra; é tomó el caballo por la rienda é díólo al Conde, que estaba de pié, é el conde de Flándes cabalgó luego en él muy ligeramente, é entre tanto venieron los otros de la hueste. E los moros, cuando aquello vieron, tiráronse afuera é pararon sus haces, las unas en aquel lugar, é las otras pasada la gran puente de piedra, contra la hueste de los cristianos, cerca de la mesquita antigua. E Boymonte, cuando oyó el ruido é el rebate que dierran los moros en la hueste, mandó que tañiesen las trompas é hizo armar toda su compañía é la de Tranquer, su sobrino. E desde que él fué bien armado, cabalgó en su caballo Clopladoro, é comenzáronse á ir cuanto pudieron entre él é su sobrino Tranquer, é pasaron la puente por una poca de madera que quedó por arder. É el duque Gudufre hizo eso mesmo; é quisolos Dios guardar en tal manera, que luego que fueron pasados ellos é su compañía la puente, cayó aquello de la puente que ardia; así que, despues ningunos non pudieron pasar sinon de pié; é una gran compañía de alemanes, que venian en pos del duque Gudufre, hobieron por fuerza á descender é hicieron pasar los caballos á nado; en pos de aquestos vino muy gran gente de los de la hueste, todos de pié, é comenzaron á pasar á compañías, é tan grande era la priesa de cuáles pasarían primero, que muchos dellos caian de la puente en el agua é fueron muertos;

(1) Sin duda el mismo llamado *Diago de Monte Miral* en la página 186; en otro lugar *Drago*.

pero los otros que pasaron allende pararon sus haces en el llano. E el duque Gudufre é Boymonte los acabdillaron hasta que llegó toda la caballería que habia de llegar. E despues que todos fueron ayuntados, el obispo de Puy les comenzó á decir que se esforzasen é fuesen buenos; ca dos cosas tenian allí entre manos, que cada una dellas les era muy gran bien: la una, que aquel que allí muriese iria derechamente á paraíso, é el que quedase vivo ganaria muy gran prez en este mundo. E cuando esto les hobo dicho, alzó la mano é santiguólos; é estonce un caballero de Normandía, que habia nombre Garcés, salió de las haces é comenzó á ir al galope contra los moros, cuidando que saldria alguno á justar. E los moros, cuando lo vieron, non le quiso ninguno salir á justar, mas saltaron el can bravo que traian, é fué derechamente al caballo, é tomóle tan de récio de las narices, que le hobiera á derribar en tierra; é el caballero comenzó á herir con el cuento de la lanza, pensando que lo dejaria, é cuando vió que non lo queria dejar, tornó el hierro é díóle con él é matóle. E cuando esto vió el Almirante, que lo trajiera allí é que era suyo, hobo muy gran pesar. E mandó á todos los moros que arremetiesen, é ellos hiciéronlo así. Mas los cristianos los recibieron, matando é hiriendo é derribando en ellos muy fieramente; así que, de las heridas que se daban de lanzas é de espadas é de porras, oirian el ruido bien á media legua. E el duque Gudufre, que habia quebrantada la lanza en un almirante que matara, tenia la espada en la mano sacada, é dió á otro almirante tan gran herida sobre el hombro, que le cortó el espalda con el brazo diestro; é otrosí el conde de Flándes é Tranquer mataron sendos moros que eran muy preciados de armas, é don Yugo Lomaines mató otro, é todos los hombres honrados que hí habia, cuál mató uno, cuál dos. E en la otra gran priesa de los mejores hicieron tanto aquel día, que quien los viesse los ternia á maravilla por muy buenos caballeros; que así los peripuntos que traian vestidos como las coberturas de los caballos, é los brazos diestros otrosí, todos eran cubiertos de sangre de las heridas que daban en los moros. Mas el duque Gudufre, que andaba acechando por matar señaladamente los hombres honrados, que non queria emplear su golpe sino en lugar que hiciese gran daño, encontróse en medio de la priesa con un almirante de aquellos que venieran de Persia, que era hombre rico é orgulloso además, é tenido por buen caballero. E cuando el duque Gudufre lo vió, dió de las espuelas al caballo é fué contra él; mas el Almirante no lo osó atender, é como revolvió el caballo por se ir, alcanzólo el Duque, é díóle tan gran herida con el espada por encima de la cabeza sobre una capellina delgada que traia, que le levó la una tela é el oreja é una pieza del carrillo con los dientes; así que, luego el moro cayó del caballo en tierra muerto; é todos los otros que lo vieron fueron tan espantados, que non osaron esperar, é comenzaron de ir fuyendo contra la villa; é los cristianos los iban alcanzando é heriendo é matando en ellos; así que, bien la meitad de los moros fueron aquel día muertos; é los unos subian por el mayor arco de la puente, é los otros se dejaban caer en el agua, é murieron hí muchos. E en esta manera fueron aquel día los

moros encerrados tan fuertemente, que apenas pudieron cerrar las puertas, porque los cristianos no entrasen con ellos de vuelta. Grande fué la riqueza que aquel día ganaron, de armas é de caballos é de otras bestias muchas, é mucho ganado que tomaron á los moros; con todo esto, tomaron en la hueste mucha alegría, lo uno porque habian vencido los moros, é lo otro porque no perdieran sino unos pocos de cristianos, que mataron los moros al comienzo, cuando venieran á quemar la puente, que non fueran, entre buenos é comunales, de veinte arriba; é luego otro día hobieron su acuerdo de cómo adobasen la puente de los barcos, que habian los moros quemado della quanto la meitad; porque non era cosa que podian excusar los de la hueste sin gran menoscabo de todos; así que, en menos de quince días la hobieron adobado; é cuando esto vieron los moros, hobieron muy gran pesar.

## CAPITULO LIV.

Cómo los de la hueste se veian en gran fatiga é aprieto de hambre, é de lo que les dijo el obispo de Puy.

Era, sin dubda, muy grande el esfuerzo é la firmeza que los hombres honrados de la hueste tenian por acabar aquel hecho que comenzaron, ca de una parte daban todo quanto tenian los unos á sus caballeros, é lo otro, que partian á la pobre gente que habia en la hueste, porque non se fuesen; é otrosí, metian los cuerpos en aventura á todos los hechos que acaescian, grandes é pequeños, por dar esfuerzo á los otros, que non se excusasen de hacerlo mejor que ellos. Mas en aquella sazón que acaesció aquel torneo que vos contamos, eran por toda la hueste comunmente muy fatigados de hambre; é maguer habian mucha carne que trujieran de Arsas, el pan é el vino é la cebada era tan caro, que en ninguna manera lo podian haber, si non fuesen por ello al puerto de San Simeon, do estaba toda la flota; é los moros habian sabido aquello, é teníanles la carrera con muy gran gente dellos, é no en una parte sola, mas en muchos lugares; de manera que, si iban pocos, eran muertos ó presos; é si querian ir muchos, no podian haber caballos para los caballeros; que, aunque ganaron muchos de los moros, eran todos los mas muertos de hambre; é otrosí, que habian muchos perdidos en aquella guerra, que pocos caballeros habia que podian gobernar los caballos, sin las otras bestias que tenian; tanto dinero habian dado por ello; é otrosí, habia otros que eran señores de caballeros, que no habian ellos ni sus vasallos bestia en que cabalgasen, é si algunos dineros tenian, queríanlos en antes dar porque comiesen ellos é sus compañías que no por caballos para sus cuerpos; é esto hacian ellos con bondad, porque la gente non se fuesen ni desamparasen aquella conquista que comenzaron; é aun hacian otra cosa cuando algunos iban en cabalgada. Los otros que quedaban emprestábanles las bestias é partian con ellos las armas que tenian, é si Dios les daba ganancia, tornaban todo lo suyo á aquellos que gelo prestaban; é demás, habian de lo que se ganaba la meitad, é si les acaescia pérdida, non gela demandaban. Estas posturas é otras muchas pusieron entre sí, porque todos hobiesen parte en la pérdida é en la ganancia; é por esto se

veian mucho á menudo, é acordaban aquellas cosas que entendian que eran provecho de la hueste. Donde acaesció así: que un día todos los hombres honrados que hí eran se ayuntaron en la tienda del obispo de Puy, é él comenzóles á decir de cómo habia gran tiempo que pasaran la mar, é otrosí que estaban sobre Antioea, teniéndola cercada, é como quier que muchas buenas aventuras habian habido, á tanto eran ya venidos, que los moros los tenian muy fieramente afligidos, ca de una parte no osaban de ir en cabalgadas, é de la otra veníanles cada día hasta dentro en las tiendas á matar é herirlos; é demás, que al puerto de San Simeon, do tenian mucha vianda, no osaban ir por ella; donde á él parecia, si ellos toviesen por bien, que, pues ellos allí eran ayuntados para servir á Dios é para ganar aquella tierra, que los enemigos de su fe tenian, que hiciesen todas aquellas cosas, porque mas ahína lo pudiesen acabar; é que bien creía él que dos cosas eran aquellas que mas daño sería para los moros é mayor pro á ellos, é la una dellas era que labrasen un castiello acerca de la gran puente de piedra, por do los moros salian á dar rebate á la hueste, é que metiesen tantos de hombres, que les vedasen aquella salida. La otra cosa era que enviasen compañía de caballeros é de peones al puerto de San Simeon, que les trujiesen vianda é las otras cosas que hobiesen menester. E dijoles aun mas: que él mesmo, que esto decia, entraria en el castiello por guardarle, ó iria al puerto por la vianda con cualesquier que fuesen. Cuando esto hobo dicho el Obispo, miráronse todos, unos á otros, é estuvieron callando un poco, que ninguno no habló; é el primero que respondió fué el duque Gudufre, é dijole así: que todo lo que él decia era verdad, que ellos no salieran de sus tierras ni llegaran hasta allí con otro interese ni por otra ganancia sino por el amor de nuestro Señor Jesucristo, por cobrar la su tierra, que tenian los enemigos forzada, é que pues de hacerlo habian, que todas las cosas probasen por que mas ahína pudiesen venir á conclusion de su hecho; é como quier que lo del castiello tenia por bien que lo hiciesen, é otrosí la enviada del puerto de San Simeon, con todo eso, que non debian olvidar de hacer una cosa, é esto era que diesen caballos escogidos que echasen celada á los moros de Antioea, de parte de la montaña, cerca del castiello de Mal-Vecino, é que los hiciesen correr de acá de la otra parte del llano de la villa; é cuando los moros saliesen, que ellos se hiciesen como que no podian guarecer sino en la montaña, é los moros que irian en pos dellos, é estonce que saldrían los cristianos de la celada, é que se meterían entr'ellos en la villa, é que desta manera los podrian tomar á manos, é que se podría esto bien hacer, porque nunca de aquella parte fueran corridos los moros, ni pensarían que de allí les viniese mal; é prometiéndoles que él mesmo iria é haria este hecho si ellos quisiesen. Cuando el duque Gudufre esto hobo dicho, respúsole Ruberte, duque de Normandía, que quanto él decia tenía por bien, si él fuese seguro que los moros saldrían al llano á lidiar con ellos é les veniesen á la celada, mas que sabia él que esto non lo hiciesen por ninguna manera, porque tan sabidores eran de guerra como ellos, é mas; é sin todo esto, que todo su acuerdo de los moros era

en salirles á torneo, é darles combate en la hueste, é llevarlos á sus barreras por hacerles daño lo mas que ellos pudiesen, é por eso parecia que no querian lidiar con ellos en campo, ni los podrían sacar á celada entre las angosturas de las montañas, porque los turcos ni los alárabes nunca querian lugar angosto para lidiar; mas ancho, en que se pudiesen revolver; é por ende, tengo que non se podrá aquello hacer. Cuando Ruberte, duque de Normandía, hobo dicho su razon, el señor de Bretaña, que habia nombre Ancelin, comenzó la suya é dijo que, segun él entendia, gran daño habian rescebido los cristianos desde que fuera la batalla del Campo Florido, ca bien era menguada de la hueste la meitad de la gente que habia; é por ende, que non sabia qué les pudiese decir; ca si los consejase que fuesen en cabalgada, non lo podrían hacer por dos cosas: lo uno, porque la gente era muy poca é mal encabalgada; é lo otro, porque las tierras que les estaban acerca habian ya robado todas. Empero que bien le parecia que se levantasen de aquella cerca, é que se fuesen yendo por el rio ayuso hasta el puerto de San Simeon, é allí estuviesen hasta entrando el mayo; é estando allí, habrian caballos é armas é vianda, que les vernia por mar cuanto hobiesen menester; é demás, que de allí correrian á Antioea é la ternian mas sojuzgada que de aquel lugar donde estaban, ca ella era muy gran villa é no se podría mantener sin récuas, é cuando las trujiesen siempre habian aviso dellas é de los moros, é irlos-hian á desbaratar; é sin todo aquesto, que habían otro provecho, que de allí donde él decia serian mas cerca de todas las tierras de los moros para los correr, por do habrian muchas ganancias de los moros é gran abundancia de viandas; é despues, entrando el mayo, que moviesen todos é fuesen otra vez á cercar Antioea con la guerra que les habian hecha é con la que estonce les harian, que non podría ser que no la hobiesen. Cuando el conde Ancelin hobo acabado su razon, el conde Eustacio, hermano del duque Gudufre, comenzó la suya, é dijo así: «Conde, de quanto dijistes vos que la hueste era menguada, bien es verdad que no hay de nos quien lo non sepa, ca mas es ida de la gente que no decis; é si nos á esto mirásemos, nunca buen hecho haríamos, ca los malos se fueron, é los buenos, que han de hacer lo mejor, aquí son; é por ende, non ha menester que troquemos ninguna cosa de lo que en ante habiamos acordado, ni que mudemos de aquí nuestra hueste para otro lugar, por un mes que queda de aquí al mayo; ca si los moros hoy en día, que nos ven estar tan esforzadamente, nos acometen mucho é se atreven á nos, ¿cuánto mas lo harian cuando nos viesen desamparar la cerca de Antioea é irnos como en manera de vencidos? E desto nos vernian dos males: lo uno, que haríamos cobardía, é lo otro, que estaríamos á muy gran peligro de los moros, que agora no estamos; mas si por bien toviédes, mi consejo sería tal, que partiésemos todo el haber é la vianda que tenemos á los de la hueste que lo non han, é que nuestra cerca esforzásemos muy de récio de posadas é de todo lo otro, porque mas daño podemos hacer á los de la villa; é sobre esto, que enviemos nuestros mensajes al soldan de Persia que se torne cristiano, ó si non, que nos deje toda la tierra que fué de

cristianos, é nos dé tanto haber, que cobremos las misiones que habemos hechas; é si esto non quisiere hacer, movamos de aquí por el mes de mayo é vayamos do quier que él sea é lidiemos con él, é si le venciermos, ganaremos toda la tierra, é si muriérmos, seremos salvos é iremos á paraiso; é desta guisa saldremos desta fatiga en que somos, é acabaremos bien el hecho por que venimos.» A esto respondió el conde de Flándes, é dijo: «Par Dios, Conde, mucho nos distes agora buen consejo, é bien pareceis hombre de buena tierra é de buen corazon, por que toda honra sería bien empleada en vos; é Dios vos acrecienta siempre en ella é en bondad; mas, porque sois mancebo, debeis en esto mas considerar, ca los grandes hechos así deben ser mirados, porque puedan venir á buena fin, pues de otra manera non valen nada.—Par Dios, dijo Tranquer, bien es lo que él dice, é otrosí lo que vos consejais; mas, segun yo aprendí, no habemos por qué ir buscar los moros tan léjos, ca muy mas cerca los tenemos de nos que pensamos; que esta noche, ante que yo dormiese, se llegó á mí una espía, que dejó arribados al puerto de la Lisca (1) trece almirantes, que traian consigo bien veinte mil caballeros é otra muy gran gente de pié; é si esto verdad es, creed que de aquí á tercer día serán aquí.—Por amor de Dios, Tranquer, dijo el conde de Tolosa, yo vos ruego que non vos metais en pleito por que el acuerdo que habemos tomado del castiello se desfaga; ca yo iré á estar con mi compañía, é ó me matarán, ó les haré tal guerra, que entenderán que son bien cercados; mas menester ha que me ayudeis todos muy bien de manera é de todas las otras cosas que convienen para este hecho; ca en cuanto toca á la guarda, yo la haré toda á mi costa.» E respuso Boymonte de Pulla: «Conde, si vos esto quereis, yo vos lo haré haber por menos dinero que á otro; ca, segun que yo sentí, en aquellas naves que llegaron al puerto de San Simeon traen muchos engños de todas maneras é castiellos muy grandes de fuste con algarradas é con otros engños, los menudos para defenderse; é sin esto, hay mas de mil carpinteros muy buenos que harán mucho ahína cualquier obra que les manden; é si quisierdes, vos é los otros que aquí son, é yo é Tranquer, mi sobrino, iremos allá esta noche ante que cante el gallo, é seremos con ellos tornados aquí mañana á hora de viésporas, é harémos aun mas: que cuantas bestias levarémos de aquí de la hueste, é las que pudiéremos de allá traer, que todas vengan cargadas de pan é de viandas.» Todos se acordaron á este consejo, é tovieron que era bueno; pero maravilláronse mucho cómo se podría hacer aquel castiello, nin mantener contra los moros de la villa, ca ellos eran tantos, que cada día les venian hasta las tiendas; pero, como quier que á muchos pesó, el conde de Tolosa era dello muy ledo, é cabalgó con toda su compañía, é fué luego á aquel lugar do habia de ser hecho el castiello, é levó muchos maestros para hacer la carcava mientras que el castiello se hacia; pero acaesció así: que de aquella ida que el Conde hizo, que toda la otra gente de la hueste, cuando aquello vieron, creyeron que la cerca duraría estonce mas de lo que ellos

(1) La misma ciudad llamada en la pág. 10 y siguientes *Lischa*, que es *Laodicea*.